

EL GRAN DEBER DE LA RELIGIÓN FAMILIAR

Sermón No. 4

Traducción: estudialapalabra.org

***“pero yo y mi casa serviremos a Jehová”
Josué 24:15***

Estas palabras contienen la santa resolución del piadoso Josué, quien después de haber contado a los israelitas en un discurso muy conmovedor y afectuoso las grandes cosas que Dios había hecho por ellos, en el versículo que precede inmediatamente al texto, llega a sacar una inferencia adecuada de lo que había estado entregando; y les hace saber, en los términos más apremiantes, que puesto que Dios había sido tan sumamente misericordioso con ellos, no podían menos que, en agradecimiento por tan extraordinarios favores y misericordias, dedicarse a sí mismos y a sus familias a su servicio. “Ahora pues, temed al Señor, y servidle con sinceridad y verdad, y quitad los dioses a los cuales sirvieron vuestros padres al otro lado del río.” Y por el mismo atractivo motivo el profeta Samuel luego hace cumplir su obediencia a los mandamientos de Dios, 1 Sam. 12:24, “Solamente temed al Señor, y servidle de verdad, con todo tu corazón; porque considerad cuán grandes cosas ha hecho por vosotros”. Pero entonces, para que no se excusaran (como muchos podrían hacer) dándoles un mal ejemplo, o pensando que les estaba imponiendo una carga pesada, mientras que él mismo no los tocó con un dedo, él les dice en el texto, que cualquier consideración que pudieran prestar a la doctrina que él había estado predicando, sin embargo, él (como todos los ministros deben hacer) estaba resuelto a vivir de acuerdo con ella y practicarla él mismo: “Escogeos, pues, a quién sirváis, ya sea a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Jehová”.

Esta resolución, digna de Josué, y no menos adecuada, no menos necesaria para todo verdadero hijo de Josué, que se le confía el cuidado y el gobierno de una familia en nuestros días, y, si alguna vez fue oportuno para los ministros predicar, o que las personas pusieran en práctica la religión familiar, nunca lo fue más que en la época actual; ya que es mucho de temer, que de esas muchas casas que se dicen cristianas, sean pocas las que sirvan a Dios en sus respectivas familias como se debe.

De hecho, es cierto, visita nuestras iglesias, y tal vez puedas ver algo de la forma de la piedad que aún subsiste entre nosotros; pero ni siquiera eso se encuentra en casas particulares.

De modo que, si los benditos ángeles vinieran, como en la era patriarcal, y observaran nuestra oeconomía espiritual [es decir, no en el diccionario, sino oecuménica=ecuménica, por lo que oeconomía puede ser lo mismo que economía] en casa, ¿no estarían tentados a decir como Abraham a Abimilec: "¿Ciertamente el temor de Dios no está en este lugar?" Génesis 20:11.

Es difícil determinar cómo tal descuido general de la religión familiar comenzó a extenderse por primera vez en el mundo cristiano. En cuanto a los cristianos primitivos, estoy seguro de que no fue así con ellos, no, no habían aprendido tanto de Cristo, como para imaginar falsamente que la religión estaba confinada únicamente a sus asambleas para el culto público; sino que, por el contrario, se comportaron con tal piedad y santidad ejemplar en sus familias privadas, que San Pablo a menudo llama a su casa una iglesia: "Saludad a tal, dice él, y a la iglesia que está en su casa". Y creo que debemos desesperarnos para siempre de ver revivir en el mundo un espíritu primitivo de piedad, hasta que seamos tan felices como para ver un renacimiento de la religión familiar primitiva; y personas resolviendo unánimemente con el bueno de Josué, en las palabras del texto: "En cuanto a mí y mi casa, serviremos al Señor".

A partir de estas palabras, pido permiso para insistir en estas tres cosas:

1. Primero, Que es deber de todo gobernante de una familia cuidar, que no sólo él mismo, sino también que aquellos encomendados a su cargo, "sirvan al Señor".
2. En segundo lugar, me esforzaré por mostrar de qué manera un gobernante de su casa y su casa deben para servir al Señor. Y,
3. En tercer lugar, ofreceré algunos motivos, para entusiasmar a todos los gobernantes de la casa, con sus respectivas casas, para servir al Señor de la manera que se recomienda.

1. Y primero, debo mostrar que es deber de todo gobernante de una familia cuidar que no sólo él mismo, sino también los que están a su cargo, sirvan al Señor.

Y esto se verá, si consideramos que todo gobernante de una familia debe verse obligado a actuar en tres calidades como profeta, para instruir; como sacerdote, para orar por y con; como rey, para gobernarlos, dirigirlos y proveerlos. Es cierto, en efecto, que, en el último de estos, su oficio real, no son tan frecuentemente deficientes (es más, en esto son generalmente demasiado solícitos), pero en cuanto a los dos primeros, su oficio sacerdotal y profético, como Galión, no se preocupan para nada de esas cosas. Pero por más indiferentes que sean algunos gobernantes al respecto, pueden estar seguros de que Dios requerirá de sus manos el debido desempeño de estos oficios.

Porque si, como arguye el apóstol, "El que no provee para su propia casa, en las cosas temporales, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo"; ¡a qué mayor grado de apostasía habrá llegado, quien no piensa en proveer para el bienestar espiritual de su familia!

Pero, además, las personas son generalmente muy liberales en sus invectivas contra el clero, y piensan que con razón censuran la conducta de ese ministro que no presta atención ni vela por el rebaño, del cual el Espíritu Santo lo ha hecho supervisor, pero, ¿no puede todo gobernante de una familia, ser en menor grado sujeto a la misma censura, quien no se preocupa por las almas que están encomendadas a su cargo? Porque cada casa es como una pequeña parroquia, cada gobernante (como se dijo antes) un sacerdote, cada familia un rebaño; y si alguno de ellos perece por negligencia del gobernante, Dios demandará su sangre de sus manos.

Si un ministro despreciara la enseñanza a su pueblo públicamente y de casa en casa, y se excusara diciendo que tenía bastante que hacer para trabajar en su propia salvación con temor y temblor, sin preocuparse por la de los demás; ¿No creerías que tal ministro sería como el juez injusto, "uno que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre"? Y, sin embargo, por odioso que sea tal carácter, no es peor que el que merece el gobernante de una familia, que se cree obligado a tener su propia alma, sin tener en cuenta las almas de su casa. Porque (como se insinuó anteriormente) cada casa es como si fuera una parroquia, y cada maestro se preocupa por asegurar, tanto como de él dependa, la prosperidad espiritual de todos los que están bajo su cargo.

No puedo decir qué antecedentes pueden alegar los hombres que descuidan su deber en este particular por tal omisión. No cabe duda del ejemplo del santo Job, que estaba tan lejos de imaginar que no le importaba, como gobernante de una familia, el alma de nadie más que la suya propia, que la Escritura nos recuerda: "Cuando los días de la fiesta de sus hijos se acercaban, Job enviaba y los santificaba, y ofrecía holocaustos, según el número de todos ellos; porque Job dijo: Puede ser que mis hijos hayan pecado y maldecido a Dios en sus corazones; así lo hacía Job continuamente". Tampoco pueden alegar la práctica del bueno de Josué, a quien, en el texto, encontramos tan preocupado por el bienestar de su familia como por el suyo propio. Ni, por último, la de Cornelio, que temía a Dios, no sólo a sí mismo, sino con toda su casa; y eran cristianos, pero del mismo espíritu de Job, Josué, y el centurión gentil, actuarían como lo hicieron Job, Josué y Cornelio.

¡Pero Ay! Si así fuere, y todos los jefes de familia no sólo deben servir ellos mismos al Señor, sino también cuidar de que lo hagan también sus respectivas casas; ¿Qué será entonces de aquellos que no sólo descuidan servir a Dios ellos mismos, sino que también se dedican a ridiculizar y burlarse de cualquiera de su casa que lo haga?

Que no se contentan con "no entrar ellos mismos en el reino de los cielos, sino que también impiden la entrada a los que quieren entrar".

Seguramente tales hombres son ciertamente elementos para el diablo. Seguramente su condenación no se adormece, porque, aunque Dios, en su buena providencia, puede permitir que se pongan tales piedras de tropiezo en el camino de sus hijos, y permitir que sus mayores enemigos sean los de su propia casa, como prueba de su sinceridad, y mejoramiento de su fe; sin embargo, no podemos dejar de pronunciar un ¡ay! contra aquellos maestros por quienes vienen tales ofensas, porque si los que sólo cuidan de sus propias almas, apenas pueden salvarse, ¿dónde aparecerán tan monstruosos gobernantes profanos y malvados?

2. Pero esperando que haya pocos de este sello infeliz, procedemos ahora a la segunda cosa propuesta: Mostrar cómo debe servir al Señor el gobernante y su casa.

1. Y lo primero que mencionaré es: leyendo la palabra de Dios. Este es un deber que le incumbe toda persona privada. "Escudriñad las Escrituras, porque en ellas pensáis que tenéis la vida eterna", es un precepto dado por nuestro bendito Señor indistintamente a todos, pero mucho más, debe pensarlo cada gobernante de una familia de modo peculiar dicho a sí mismo, porque (como ya se ha probado) debe considerarse a sí mismo como un profeta, y, por lo tanto, de acuerdo con tal carácter, obligado a instruir a los que están a su cargo en el conocimiento de la palabra de Dios.

Encontramos que esta fue la orden que Dios le dio a su peculiar pueblo Israel: porque así habla su representante Moisés, Deut. 6:6-7, "Estas palabras", es decir, las palabras de las Escrituras, "que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón, y las enseñarás diligentemente a tus hijos", es decir, como generalmente se explica a los sirvientes, así como niños, "y hablarás de ellos cuando te sientes en tu casa". De donde podemos inferir que la única razón por la que tantos descuidan leer diligentemente las palabras de las Escrituras a sus hijos es porque las palabras de las Escrituras no están en sus corazones; porque si lo estuvieran, de la abundancia del corazón, su boca hablaría.

Además, tanto los siervos como los niños son, para la generalidad, muy ignorantes y meros novicios en las leyes de Dios, ¿y cómo sabrán, a menos que alguien les enseñe? ¿Y qué más apropiado para enseñarles que los vívidos oráculos de Dios, "que pueden hacerlos sabios para la salvación"? Y quién más apropiado para instruirlos con estos vivos oráculos, que los padres y maestros, quienes (como se ha observado más de una vez) están tan preocupados de alimentarlos con pan espiritual, como el corporal, día tras día.

Pero si estas cosas son así, ¿en qué miserable condición están aquellos desdichados gobernantes, que están tan lejos de alimentar a los que están encomendados a su cuidado con la leche sincera de la palabra, con el fin de que crezcan por ella, que ni escudriñan las escrituras. ellos mismos, ni tienen cuidado de explicárselos a los demás? ¡Tales familias deben estar felices de hacer la voluntad de su Maestro, que se esfuerzan tan prodigiosamente por conocerla! ¿No se imaginaría uno que se habían vuelto conversos a la Iglesia de Roma, que pensaban que la ignorancia era la madre de la devoción; y que aquellos que leyeran sus Biblias serían condenados como herejes? Y, sin embargo, ¡cuán pocas familias hay entre nosotros que no actúen de esta manera indecorosa! Pero, ¿los alabaré en esto? No los alabo; hermanos, esto no debe ser así.

2. Pasemos ahora al segundo medio por el cual todo gobernante y su casa deben servir al Señor, en la oración familiar.

Este es un deber, aunque tan descuidado, pero tan absolutamente necesario como el anterior. La lectura es una buena preparación para la oración, como la oración es un excelente medio para hacer efectiva la lectura. Y la razón por la cual todo gobernante de una familia debe unir estos dos ejercicios juntos, es evidente, porque un gobernante de una familia no puede ejercer su oficio sacerdotal (que antes observamos que tiene en cierto modo investido) sin cumplir este deber de oración familiar.

Por lo tanto, cuando se hace mención de los sacrificios de ofrenda de Can y Abel, se observa que ellos los trajeron. Pero, ¿a quién se los llevaron? Pues, con toda probabilidad, a su padre Adán, quien, como sacerdote de la familia, debía ofrecer sacrificio en su nombre. Y así debe todo hijo espiritual del segundo Adán, a quien se le ha confiado el cuidado de una casa, ofrecer sacrificios espirituales de súplicas y acciones de gracias, aceptables a Dios por medio de Jesucristo, en la presencia y en el nombre de todos los que esperan, o comen en su mesa.

Así leemos que se comportó nuestro bendito Señor, cuando habitó entre nosotros: porque se dice muchas veces que oraba con sus doce discípulos, que entonces eran su pequeña familia. Y él mismo ha prometido una bendición particular a las súplicas conjuntas: "Dondequiera que estén dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos". Y otra vez: "Si dos o tres se ponen de acuerdo acerca de cualquier cosa que pidan, se les dará". Añádase a esto que el Apóstol nos manda a "orar siempre, con toda clase de súplica", lo que sin duda incluye la oración familiar. Y el santo Josué, cuando puso en el texto el buen propósito de que él y su casa servirían al Señor, ciertamente resolvió orar con su familia, que es uno de los mejores testimonios que podían dar de su servicio.

Además, no hay familias que no tengan algunas bendiciones comunes, de las cuales todos han sido partícipes, por las cuales dar gracias; algunas cruces y aflicciones comunes, contra las cuales han de orar; algunos pecados comunes, que son todos para lamentar y lamentar, pero cómo se puede hacer esto, sin unirse en un acto común de humillación, súplica y acción de gracias, es difícil de imaginar.

De todas las consideraciones reunidas, es evidente que la oración familiar es un gran y necesario deber; y, en consecuencia, aquellos gobernantes que la descuidan, ciertamente no tienen excusa. Y es mucho de temer, si viven sin oración familiar, viven sin Dios en el mundo.

Y, sin embargo, un carácter tan odioso como este, es de temer que Dios haya enviado un ángel para destruirnos, como lo hizo una vez para destruir al primogénito egipcio, y además le dio una comisión, como entonces, para no perdonar casas sino donde vieron la sangre del dintel, rociada en el marco de la puerta, así ahora, para no dejar escapar a ninguna familia, sino a los que lo invocaban en la oración de la mañana y de la tarde; pocos permanecerían ilesos por su espada vengadora. ¿Debo llamar a tales familias cristianas o paganas? Sin duda no merecen el nombre de cristianos; y los paganos se levantarán en juicio contra tales familias profanas de esta generación, porque siempre tuvieron sus dioses domésticos, a quienes adoraron y cuya asistencia invocaron con frecuencia. Y a bonito pase seguro se llegan esas familias, que hay que mandar a la escuela a los paganos, pero ¿no se vengará el Señor de casas tan profanas como estas? ¿no derramará su furor sobre los que no invocan Su nombre?

3. Pero es hora de que me apresure al tercer y último medio que recomendaré, por el cual cada el gobernante debe con su casa servir al Señor, catequizar e instruir a sus hijos y siervos, y criarlos en disciplina y amonestación del Señor.

Que esto, así como los dos anteriores, es un deber que incumbe a todo gobernante de una casa, se desprende del famoso encomio o elogio que Dios hace de Abraham: "Yo sé que él mandará a sus hijos y a su casa después de él, que guarden el camino del Señor, para hacer justicia y juicio". Y, de hecho, pocas cosas se nos imponen con más frecuencia en las Sagradas Escrituras que este deber de catequizar. Así, dice Dios en un pasaje antes citado: "Enseñarás estas palabras diligentemente a tus hijos". Y a los padres se les ordena en el Nuevo Testamento, "criar a sus hijos en disciplina y amonestación del Señor". El santo salmista nos informa que un gran fin por el cual Dios hizo tan grandes maravillas para su pueblo, fue, "a fin de que cuando crecieran, mostraran lo mismo a sus hijos o siervos". Y en Deut. 6 en los versículos 20 y siguientes, Dios ordena estrictamente a su pueblo que instruya a sus hijos en la verdadera naturaleza del culto ceremonial, cuando deberían indagar al respecto, como supuso que lo harían en el futuro.

Y si los sirvientes y los niños fueran a ser instruidos en la naturaleza de los ritos judíos, mucho más deben ahora ser iniciados y fundamentados en las doctrinas y los primeros principios del Evangelio de Cristo: no sólo porque es una revelación que ha traído la vida y la inmortalidad a una luz más completa y más clara, sino también porque muchos seductores se han extendido por el mundo, que hacen todo lo posible para destruir no sólo la superestructura, sino también para socavar el fundamento mismo de nuestra santísima religión.

¿Querrá entonces la generación actual que su posteridad fuera de verdaderos amantes y honradores de Dios?; los amos y los padres deben tomar el buen consejo de Salomón, y educar y catequizar a sus respectivas casas en el camino por donde deben andar.

Solo tengo conocimiento de una objeción, que puede, con alguna demostración de razón, ser presentada contra lo que se ha adelantado; y es que un procedimiento como este tomará demasiado tiempo, y estorbará a las familias por demasiado tiempo de sus asuntos mundanos. Pero es mucho de cuestionarse, si las personas que inician tal abyección, no son del mismo espíritu hipócrita que el traidor Judas, que se indignó contra la devota María, por ser tan profusa en su unguento, al ungir a nuestro bendito Señor, y preguntó por qué no podía venderse por doscientos denarios y dárselo a los pobres. ¿Nos ha dado Dios tanto tiempo para trabajar por nosotros mismos, y no permitiremos que una pequeña porción de él, por la mañana y por la tarde, se dedique a su adoración y servicio más inmediatos? ¿No ha leído la gente, que es Dios quien da a los hombres el poder para hacer las riquezas, y por lo tanto que la mejor manera de prosperar en el mundo, es asegurar su favor? ¿Y no ha prometido nuestro bendito Señor mismo, que, si buscamos primero el reino de Dios y su justicia, todas las necesidades externas nos serán añadidas?

Abraham, sin duda, era un hombre de tan grandes negocios como pueden ser tales objetores; pero aun así encontraría tiempo para ordenar a su casa que sirviera al Señor. No, David era un rey y, en consecuencia, tenía muchos asuntos entre manos; no obstante, profesa que andaría en su casa con un corazón perfecto. Y, por citar sólo uno más, el santo Josué fue ciertamente una persona muy involucrada en los asuntos temporales; y, sin embargo, declara solemnemente ante todo Israel, que, en cuanto a él y su casa, servirán al Señor. Y si las personas redimieran su tiempo, como lo hicieron Abraham, David o Josué, ya no se quejarían más de que los deberes familiares los apartaron demasiado tiempo de los asuntos del mundo.

3. Pero mi Tercera y última rúbrica general, bajo la cual debía ofrecer algunos motivos, para exhortar a todos los gobernantes, con sus respectivas casas, a servir al Señor de la manera antes recomendada, espero, sirva en lugar de mil argumentos, para probar la debilidad y la locura de tal objeción.

1. Y el primer motivo que mencionaré es el deber de gratitud, que vosotros que sois gobernantes de las familias le deben a Dios. Vuestra suerte, todos deben confesarlo, está echada en un terreno justo: la providencia os ha dado una buena herencia, por encima de muchos de vuestros semejantes, y, por tanto, por un principio de gratitud, debéis esforzaros, tanto como en mentiras, para hacer que cada persona de vuestras respectivas casas lo invoquen mientras vivan: sin mencionar, que la autoridad, con la cual Dios os ha investido como padres y gobernantes de familias, es un talento confiado a vuestra confianza, y que estáis obligados a mejorar en honor de vuestro Maestro. En otras cosas encontramos que los gobernantes y los padres pueden ejercer el señorío sobre sus hijos y sirvientes fácilmente, y con bastante frecuencia pueden decirle a uno: Ve, y él se va; y a otro: Ven, y viene; a un tercero: Haz esto, y lo hace. ¿Y será este poder tan a menudo empleado en vuestros propios asuntos, y nunca ejercido en las cosas de Dios? ¡Asómbrense, oh cielos, de esto!

Así no hizo el fiel Abraham; no, dice Dios, que sabía que Abraham mandaría a sus siervos e hijos después de él. Así no lo hizo Josué: no, él estaba resuelto no solo a caminar con Dios mismo, sino a mejorar su autoridad haciendo que todo alrededor de él también lo hiciera: "En cuanto a mí y mi casa, serviremos al Señor". Vayamos y hagamos lo mismo.

2. Pero, en segundo lugar, si la gratitud a Dios no lo hace, creo que el amor y la piedad a sus hijos debería moverlos, con sus respectivas familias, a servir al Señor.

La mayoría de las personas expresan un gran cariño por sus hijos: es más, tan grande, que muy a menudo sus propias vidas están envueltas en las de sus hijos. "¿Puede una mujer olvidarse de su niño de pecho, para no tener compasión del hijo de su vientre?" dice Dios por su profeta Isaías. Habla de ello como algo monstruoso y poco creíble; pero las palabras que siguen inmediatamente afirman que es posible, "Sí, pueden olvidar" y la experiencia también nos asegura que es posible. Tanto el padre como la madre pueden abandonar a sus hijos, porque ¿qué mayor grado de olvido pueden expresar hacia ellos, que descuidar la mejora de su mejor parte, y no criarlos en el conocimiento y el temor de Dios?

Es cierto que los padres rara vez se olvidan de cuidar de los cuerpos de sus hijos (aunque, es de temer, algunos hombres están tan hundidos por debajo de las bestias que perecen que descuidan incluso eso), pero ¿cuán a menudo se olvidan? o más bien, ¿cuándo se acuerdan, para asegurar la salvación de sus almas inmortales? Pero, ¿es esta su manera de expresar su afición por el fruto de sus cuerpos? ¿Es este el mejor testimonio que pueden dar de su cariño al amado de sus corazones? Entonces, ¿se encariñó Dalila con Sansón, cuando lo entregó en manos de los filisteos? Entonces, ¿acaso aquellos rufianes se sintieron un afecto por Daniel, cuando lo arrojaron en una cueva de leones?

3. Pero, en tercer lugar, si ni la gratitud a Dios, ni el amor y la piedad a vuestros hijos prevalecen en ti; sin embargo, deja que un principio de honestidad común y justicia común te mueva a establecer la santa resolución del texto.

Este es un principio sobre el cual se pensaría que todos los hombres actúan. Pero ciertamente, si alguno puede ser verdaderamente censurado por su injusticia, ninguno puede estar más sujeto a tal censura que aquellos que se creen perjudicados si sus servidores se apartan de su trabajo corporal, y sin embargo ellos a cambio no cuidan de sus almas inestimables. Porque, ¿es justo que los sirvientes dediquen su tiempo y sus fuerzas al servicio de su amo, y los amos no les den al mismo tiempo lo que es justo y equitativo por su servicio?

Es verdad, algunos hombres pueden pensar que han hecho suficiente cuando dan comida y vestido a sus sirvientes, y dicen: "¿No negocié contigo tanto por un año?" Pero si no les dan otra recompensa que esta, ¿qué menos por sus propias bestias? ¿Pero no son los sirvientes mejores que ellos? Sin duda lo son, y por mucho que los maestros pospongan sus convicciones por el momento, encontrarán que llegará un momento en que sabrán que deberían haberles dado algún salario tanto espiritual como temporal; y el clamor de los que han segado sus campos, entrará en los oídos del Señor Sebaot.

4. Pero, en cuarto lugar, si ni la gratitud a Dios, ni la piedad de los niños, ni un principio de justicia común a los sirvientes, son suficientes para equilibrar todas las objeciones; sin embargo, deja que ese amado, ese motivo prevaleciente del interés por uno mismo vuelva la balanza, y ocupaos con vuestras respectivas casas en servir al Señor.

Esto os pesa mucho en otros asuntos, estad pues persuadidos de dejar que tenga la debida y plena influencia sobre vosotros en esto, y si la tiene, si tenéis tan sólo fe como un grano de mostaza, ¿cómo podéis dejar de creer, que promover la religión familiar será el mejor medio para promover su propio bienestar tanto temporal como eterno? Porque "la piedad tiene promesa de la vida presente, así como de la venidera".

Además, todos vosotros deseáis sin duda siervos honestos e hijos piadosos; y que demuestren lo contrario, sería para vosotros un dolor tan grande como lo fue para Eliseo tener un Giezi traidor, o para David tener que ser turbado por un rebelde Absalón. Pero, ¿cómo puede esperarse que aprendan su deber, excepto que aquellos que están a su cargo se encarguen de enseñárselo? ¿No es tan razonable esperar que coseches donde no has cosido, o recojas donde no has esparcido?

Si el cristianismo, de hecho, consintiera a los hijos y sirvientes el despreciar a sus padres y amos según la carne, o llevando a cabo su deber para con ellos, como inconsistente de su entera obediencia a su padre y amo que está en el cielo, entonces podría haber alguna pretensión de dejar de instruirlos en los principios de tal religión. Pero como los preceptos de esta religión pura e inmaculada son todos santos, justos y buenos; y cuanto más se les enseñe su deber para con Dios, mejor cumplirán sus deberes para contigo. Me parece que descuidar la mejora de sus almas, por temor a gastar demasiado tiempo en deberes religiosos, es actuar muy en contra de su propio interés, así como de su deber.

5. En quinto y último lugar, si ni el agradecimiento a Dios, ni el amor a vuestros hijos, ni la justicia común a vuestros sirvientes, ni siquiera ese motivo más prevaleciente, el interés propio, motiva; sin embargo, deja que una consideración de los terrores del Señor te persuada a poner en práctica la piadosa resolución del texto. Recuerde, llegará el momento, y tal vez muy pronto, cuando todos debemos comparecer ante el tribunal de Cristo; donde debemos dar cuenta solemne y estricta de cómo hemos tenido nuestra conversación, en nuestras respectivas familias en este mundo. ¿Cómo soportaréis ver a vuestros hijos y siervos (que deben ser vuestro gozo y corona de gozo en el día de nuestro Señor Jesucristo) salir como tantos testigos veloces contra vosotros; maldiciendo al padre que los engendró, al vientre que los engendró, a las mamás que amamantaron, y al día en que entraron en vuestras casas? ¿No pensáis que la condenación que los hombres deben soportar por sus propios pecados será suficiente, que necesitan cargarse con la culpa adicional de ser cómplices de la condenación de otros también? ¡Oh, consideren esto, todos ustedes que se olvidan de servir al Señor con sus respectivos hogares, "no sea que él los arrebate y no haya quien los libre!"

Pero no permita Dios, hermanos, que tal mal os sobrevenga; no, más bien espero que os hayáis convencido en alguna medida por lo que se ha dicho de la gran importancia de la religión familiar; y, por lo tanto, están listos para clamar en las palabras que siguen inmediatamente al texto: "No permita Dios que abandonemos al Señor"; y de nuevo, ver. 21, "No, sino que nosotros (con nuestras varias casas) serviremos al Señor".

Y para que siempre haya en vosotros un corazón así, permítanme exhortar a todos los gobernantes de familias, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, a reflexionar a menudo sobre el valor inestimable de sus propias almas, y el rescate infinito, incluso con la sangre preciosa de Jesucristo, que ha sido pagado por ellos. Recordad, os ruego que recordéis, que sois criaturas caídas; que estáis por naturaleza perdidos y alejados de Dios; y que nunca podrá ser restaurado a su felicidad primitiva, hasta que por al nacer de nuevo del Espíritu Santo, llegan a su estado primitivo de pureza, la imagen de Dios se vuelve a sellar en sus almas y, por lo tanto, se hacen aptos para ser partícipes de la herencia con los santos en luz.

Reflexionen seria y frecuentemente, y actúen como personas que creen en verdades tan importantes, y no descuidarán más el bienestar espiritual de su familia que el suyo propio. No, el amor de Dios, que entonces será derramado en vuestros corazones, os obligará a hacer todo lo posible para preservarlos: y el profundo sentido de la gracia gratuita de Dios en Cristo Jesús, (que entonces tendréis) al llamaros, lo motivará a hacer todo lo posible para salvar a otros, especialmente a los de su propia casa. Y aunque, después de todos sus esfuerzos piadosos, algunos pueden continuar sin reformarse; sin embargo, tendrás que hacer esta buena reflexión, que hicieron lo que pudieron para hacer religiosas a sus familias, y por lo tanto pueden estar seguros de sentarse en el reino de los cielos, con Abraham, Josué y Cornelio, y todos los piadosos padres de familia, quienes en sus varias generaciones brillaron como tantas luces en sus respectivos hogares sobre la tierra. Amén.

EstudiaLaPalabra.org